



## *Conferencia Episcopal de Colombia*

### **ALOCUCIÓN INAUGURAL DEL EXCELENTÍSIMO MONSEÑOR LUIS JOSÉ RUEDA APARICIO, ARZOBISPO DE BOGOTÁ, PRIMADO DE COLOMBIA, PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL**

#### **Evangelización: Discernimiento, servicio, esperanza**

Señor cardenal Rubén Salazar Gómez  
Señor cardenal electo Jorge Enrique Jiménez Carvajal  
Señor nuncio apostólico en Colombia Mons. Luis Mariano Montemayor  
Señores arzobispos y obispos  
Señor vice presidente de la CEC Mons. Omar Alberto Sánchez Cubillos  
Señor secretario general de la CEC Mons. Luis Manuel Alí Herrera  
Servidores del SPEC  
Invitados especiales

Hermanos todos

Abrimos la puerta de la CXIII Asamblea Plenaria del Episcopado, en actitud profunda de colegialidad, al servicio de la sinodalidad del Pueblo de Dios que camina, ora y trabaja en Colombia.

El encuentro de estos días nos permitirá escuchar las voces, provenientes de todas las regiones de nuestra geografía eclesial, plasmadas en la síntesis nacional de esta fase del Sínodo sobre la Sinodalidad. Al acoger esta síntesis, estamos llamados a escuchar con fe lo que el Espíritu Santo nos dice en el momento histórico que vivimos como Iglesia y como sociedad.

Este ejercicio nos refuerza en la comunión misionera y nos hace crecer en la capacidad de lectura de los signos de los tiempos. Además, con esta escucha y con la mirada fija en Jesús de Nazareth, quien acompaña nuestro caminar y nos renueva en el gozo de ser sus discípulos misioneros, nos proponemos avanzar, para dar los pasos que nos indique el discernimiento comunitario, con el firme propósito de convertir la sinodalidad en la manera de ser Pueblo de Dios en nuestro tiempo y profundizar en la capacidad para ser testigos de esperanza.

Evangelizar en sinodalidad, vivir el nuevo ardor misionero y ser servidores de la misericordia son las opciones que nos pueden llevar a fructificar en la senda del Jubileo de la Esperanza (año 2025), al cual estamos convocados por el papa Francisco y en la ruta más amplia hacia 2031 con el jubileo en honor de la Bienaventurada Virgen María Nuestra Señora de Guadalupe, teniendo como meta a mediano plazo, el 2033, Año Santo de la Redención.

Es necesario que diseñemos una ruta que exprese un proceso eclesial en comunión. Posteriormente, la implementación de esta ruta propuesta por la CEC será un ejercicio propio de cada Iglesia particular, (ya sea un vicariato apostólico, una diócesis o una arquidiócesis) según el discernimiento de la realidad donde peregrina cada comunidad eclesial, por lo que nos enseña el Concilio:

*“La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica”.* (Ch D No. 11)

El momento eclesial, social y ambiental en el cual nos movemos requiere de nosotros, los pastores de la Iglesia en Colombia, tres actitudes humanas y cristianas que configuran nuestro ministerio apostólico hoy: el discernimiento, el servicio y la esperanza.

## **1. Discernimiento propio del seguimiento**

En diversos momentos de la vida podemos sentirnos navegando sin rumbo fijo, confundidos y sin horizonte. En esas etapas de la vida, no basta con tener un acumulado de conocimientos científicos; se requiere la humildad para aceptar que no lo podemos abarcar todo con nuestro método de investigación, se requiere la ayuda del Espíritu Santo, quien nos conduce a la verdad completa. De esta manera, comprendemos que no sabemos discernir, que nos alegramos con unas percepciones parciales o nos apresuramos a tomar decisiones sin consultar, sin escuchar otras formas de ver la vida.

El discernimiento es propio de quien ha decidido seguir a Jesús. Si queremos seguirlo hoy, no nos da el señor una dirección precisa; más bien nos desafía para que nos pongamos en camino: *“Vengan y lo verán”* (Jn1,39). El Señor podría darnos la

ubicación precisa con código y dirección, pero prefiere que nosotros avancemos y aprendamos, que hagamos la experiencia de ir tras Él. “*Sígueme*”.

El seguimiento nos lleva a salir de la vanidad, nos exige humildad. La vanidad se esfuerza por darnos la convicción de que todo lo podemos, todo lo entendemos, es el espejismo de la autosuficiencia, que nos impide co - aprender, estamos llamados a aprender con otros, a reconocer que no lo sabemos todo, que necesitamos de los saberes de los otros, en fin, que necesitamos del Otro, necesitamos de la fuente de la sabiduría que es el Espíritu Santo. La humildad del discípulo lo motiva a preguntarse y a preguntar: ¿Maestro dónde vives? ¿Cuál es el mandamiento principal? ¿Quién se puede salvar? La vanidad es vencida con humildad cuando reconocemos nuestro conocimiento parcial y nuestra fragilidad.

Hoy nos percatamos de que es menester pedir el don del discernimiento. En los días de esta Asamblea Plenaria de Obispos pidamos con insistencia este don, aprovechemos los momentos de silencio, de oración, de diálogo fraterno. Ejercitémonos en el arte del discernimiento, para no dejarnos distraer y desviar por consideraciones parciales ni por prejuicios. Afinemos los oídos del corazón para percibir el susurro suave del Espíritu. Busquemos la serenidad para evitar que los desafíos del mundo, las tentaciones y las tribulaciones, nos agobien y nos saquen del camino humilde del discipulado.

El discernimiento es, por tanto, propio del seguimiento y nos facilita el servicio que tenemos como Iglesia de ser *germen* y *dilatar* el Reino de Dios presente en las realidades terrenas. Sólo el arte del discernimiento comunitario nos permite contemplar y celebrar la permanente dinámica salvífica de Dios enraizada en lo cotidiano de la existencia humana y, a la vez, avanzar en el anhelo profundo de plenitud en Cristo, rey de verdad y de vida, rey de santidad y de gracia, rey de justicia, de amor y de paz. (Cfr. LG 5, LG 36)

*“Es verdad que el discernimiento espiritual no excluye los aportes de sabidurías humanas, existenciales, psicológicas, sociológicas o morales. Pero las trasciende. Ni siquiera le bastan las sabias normas de la Iglesia. Recordemos siempre que el discernimiento es una gracia.” (G. E. 170).*

## **2. La evangelización: como servicio a la humanidad herida**

La Iglesia en salida misionera es ante todo una Iglesia de servidores por amor, servidores del Reino de Dios. Jesús habló del servicio y se mostró con sinceras acciones de servidor. Les enseñó a sus discípulos que, aunque en el mundo se ejerce

el dominio por parte de los grandes, no será así la relación de sus discípulos. Estos deben ser distintos, se distinguirán por buscar siempre el último lugar, el lugar de los servidores: *“El que quiera ser el primero sea el servidor de todos”* (Mc 9, 35).

Cuando una persona se decide a servir al bien, a la verdad, a la justicia, a la belleza de la fraternidad, a la vida de los otros, al diálogo entre diversos, a la amistad social, sirve a Dios y a su Reino. Las obras de misericordia pueden ser vistas con burla y de manera peyorativa, pero se expresan en el fondo, como diversas formas de servir a quien lo requiere espiritual o materialmente (Mt 25). El mismo Señor, en el contexto de la última cena, tomó la condición de esclavo, se abajó para lavar los pies de sus discípulos y les dijo: *“Les he dado ejemplo, para que Ustedes hagan lo mismo”* (Jn 13).

*“Seamos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas. Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos.”* (Fratelli Tutti 77)

La evangelización es, ante todo, una obra de servicio a la humanidad herida, es llevar la vitalidad de la buena nueva a todo el mundo, como fermento en la masa. Es hermosa y desafiante la figura que el papa Francisco nos enseña de Iglesia como hospital de campaña; la Iglesia samaritana y misericordiosa tiene una presencia vital, cercana, solidaria. Es una actitud que interroga al mundo: ante los estilos dominantes, ante las formas de comercio acumulativo e indiferente al sufrimiento, ante un estilo de vida incapaz de sufrir con sentido y de dar sentido al sufrimiento del otro. Una Iglesia con delantal y overol es una comunidad de hermanos que se desmarca de las estructuras rígidas y frías. Una Iglesia que siembra con generosidad, que supera la imagen que muchas veces proyectamos de Iglesia alejada de la realidad humana, sin capacidad de levantar al que está tirado en el camino, una Iglesia que tiene aspecto arrogante, perfecta y en consecuencia incomprensible e incompredida, que maneja muchas veces un lenguaje sin corazón. Allí está surgiendo algo nuevo. ¡Qué alegría, hermanos obispos, verlos luchando con creatividad por la evangelización, sufriendo al lado de los más pobres! Cada uno de ustedes es un torrente de esperanza en los territorios donde el Señor los ha sembrado como semilla del Reino.

Nos hace bien volver a la alegría del servicio, nos libera del ropaje de la autosuficiencia, porque cuando la Iglesia se ve en actitud de servicio se hace más atractiva, más convincente, menos institucional y más misionera. Hermanos obispos preguntémosnos en estos días si nos están viendo como servidores del Reino, al estilo

de Jesús de Nazaret o de María que se pone en camino para ofrecer con alegría y generosidad su tiempo, su salud y su fe.

### **3. La esperanza justifica el esfuerzo del camino**

Nos corresponde ser obispos y pastores de la Iglesia en Colombia en tiempos difíciles. Se pone a prueba nuestra esperanza y la capacidad de seguirla sembrando en medio de comunidades que sufren abandono, desprecio y soledad. ¿Cómo sembrar la esperanza del Reino en medio de una sociedad contagiada y victimizada por el narcotráfico, la violencia, la corrupción y la inequidad? ¿Cómo ser testigos de la esperanza del Reino, cuando las leyes van en contravía con el valor de la vida humana sobre todo en etapas de mayor fragilidad como es la fase intrauterina o en la fase terminal? Nos pueden catalogar como ingenuos promotores de esperanza. Pero la esperanza es una virtud teologal. Si cultivamos la esperanza, las personas y las comunidades encontramos el sentido de la vida y la fortaleza para avanzar en los caminos del Reino de Dios:

*“... nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. (Spe Salvi No. 31)*

La experiencia colegial y eclesial que vamos a vivir en estos días para escuchar las voces provenientes de las Iglesias particulares -y desde ellas las voces de las parroquias, de las comunidades eclesiales y de las familias- nos abre a una nueva y gran esperanza: crecer en la cultura de la sinodalidad, y promoverla allí donde todavía es débil, para hacer de ella una dimensión constitutiva de la Iglesia, como lo quiere el papa Francisco.

Esta esperanza a la vez requiere que, así como se ha puesto en marcha la reforma interna del Vaticano a la luz de la Constitución Apostólica *Predicate Evangelium*, publicada el 19 de marzo del presente año, así también se vayan vislumbrando otras grandes reformas previstas en *Evangelii Gaudium*: “Avanzar en una saludable ‘descentralización’” (No. 16); hacer que “cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica... [sea] sujeto primario de evangelización” (No. 30); explicitar “un estatuto de las Conferencias episcopales que las conciba como sujetos de atribuciones concretas, incluyendo también alguna auténtica autoridad doctrinal” (No. 32). Estas grandes reformas exigirán, a la vez, retomar y profundizar el giro copernicano

planteado por el Concilio Vaticano II en sus grandes Constituciones. Vivimos un momento eclesial, podría decirse, casi inédito en la historia de la Iglesia, al abrirnos a una segunda recepción del mismo: la etapa de poner en plena vigencia el *sensus fidei fidelium* de todo Pueblo de Dios (LG 12), después de los grandes avances en la colegialidad (LG 23).

**Concluamos:** Escuchar las voces de la Iglesia nos ha llevado a descubrir que es en cada Iglesia particular y en la comunión de la provincia eclesiástica donde se discierne con más claridad lo que el Señor quiere de nosotros. Allí descubrimos los hilos que entretejen el Reino de Dios en nuestra historia y lo que la CEC, con su organismo de proyección misionera permanente, el SPEC, está llamada a realizar.

¡Dejémonos renovar por el Espíritu Santo! Estamos llamados a caminar la sinodalidad misionera. El Pueblo de Dios nos pide a los obispos liderar el discernimiento comunitario, el servicio impulsado por el amor, la serenidad realista y esperanzada. Ánimo hermanos obispos, valientes misioneros de la vida. El Señor camina con nosotros siempre. Que nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, Reina de Colombia, renueve nuestra valentía apostólica. Bienvenidos todos a nuestro encuentro que nos fortalece en la colegialidad episcopal y nos reanima en el servicio a la sinodalidad del Pueblo de Dios.

+Luis José Rueda Aparicio  
julio 4 de 2022